

## TITANIC (versión yaoi AeT)

Naru Ishida

La vida no era fácil para Dayu Matsumura, un adolescente maltratado en todos los sentidos. Pero aquel día su vida iba a dar un giro inesperado, era su gran oportunidad. Se encontraba en el muelle donde zarparía en su viaje inaugural, el mayor transatlántico del mundo, el que decían, era un barco insumergible. Pero Dayu no estaba entre el gentío que ya se agolpaba listo para embarcar, sino en la trastienda de un bar cercano. En una sucia artimaña de la que no se sentía muy orgulloso, se valió de su belleza para camelarse a un tipo con un único propósito, robarle su billete y así poder empezar una nueva vida en América, la tierra de las oportunidades.

El tipo en cuestión no era precisamente guapo pero Dayu estaba dispuesto a todo para conseguir su pasaje a la libertad. Ambos se encontraban en esa parte de atrás y Dayu lamía con fervor la masculinidad de la víctima, siendo esta totalmente inconsciente de que se iba a quedar en tierra. Discretamente y aprovechando la oportunidad, Dayu metió la mano en el bolsillo del pantalón y *voilà*, observó de reojo que se trataba del pasaje. Coser y cantar. El tipo terminó de correrse del puro placer.

— Ah... como adoro las pelirrojas...

— Bien, porque ahora podrás presumir que te la chupó un chico.

Dayu rió mientras el hombre le miraba boquiabierto, obviamente no tenía ni idea. Mientras echaba a correr, Dayu le incitó enseñándole el pasaje.

— ¡Me largo a América, gilipollas!

Encolerizado, el hombre fue tras él, pero era inútil, ese chico corría como el viento. Enseguida salió del bar y se perdió entre la multitud.

Intentó alejarse lo más posible pero observó que no le seguían. Se dio la vuelta sin dejar de caminar y chocó contra alguien.

— Eh, mira por dónde vas.

— Disculpe “su majestad”.

Se burló Dayu mientras de nuevo echaba a correr. Pudo ver que se trataba de un tipo bastante grande pero impecablemente trajeado, señal de que era de la “alta sociedad”. El hombre se quedó extrañado pero enseguida alguien le sacó de sus pensamientos.

— Vamos querido, no tenemos todo el día.

Una rubia con una enorme pabela y un pulcro vestido le asió por el brazo. El dedo anular de ella vestía una increíble y cara sortija de diamantes. El hombre sonrió falsamente y ambos embarcaron en primera clase. Dayu lo haría en tercera por lo que, tras un examen de piojos, inició lo que sería un viaje inolvidable por muchas razones.

Tras acomodarse en sus respectivos camarotes, la pareja que viajaba en primera decidió dar un paseo por cubierta. Ella no paraba de hablar sobre los planes de la boda pero él miraba distraídamente hacia el mar.

— Kunitatsu querido, no me estás escuchando...

— Ah, perdona Akemi, es que tengo mucho en la cabeza.

Sin hacer caso de lo que había dicho Akemi, una despampanante rubia con cara de llevar el corsé demasiado apretado, observó la cabeza del que era su prometido.

— Dijiste que antes de embarcar te cortarías el pelo.

— Lo sé, pero es mi pelo y me gusta.

— Y también que te quitarías ese pendiente... No te lo tomes a mal querido, pero en el altar no quedaría bien... y así pareces un pirata.

El hombre se carcajeó.

— ¿Un pirata? Y que ocurre, ¿no te gustan los piratas? —bromeó mientras la tomaba suavemente por la cintura.

— Aquí no, suéltame. Por favor que vergüenza... Kunitatsu Saito, nos están mirando, suéltame ya.

Cuando se ponía así no había nada que hacer, por lo que él la soltó. Y justo al hacerlo se dio cuenta de que alguien, desde la cubierta inferior, le estaba observando fijamente. Era la misma persona con la que había chocado en el muelle, una pelirroja. Se quedó un rato observando hasta que su prometida de nuevo le asió por el brazo reclamando que comenzaba a marearse, por lo que se marcharon.

Aquella noche Dayu comenzó a deambular por la popa del barco, quería ver las hélices. Se asomó lo suficiente para intentar verlas hasta que un par de hombres le asustaron por detrás.

— Jovencita, no deberías asomarte, es muy peligroso.

— En primer lugar no soy chica, en segundo, iros a la mierda.

Dayu se dispuso a marchar pero uno de los tipos, más grande que él, le apresó por la espalda y le puso una navaja afilada en el cuello.

— ¿Qué prisa tienes? Vamos, danos todo lo que lleves encima, ya.

— No me jodas... —Dayu se exasperó pero obedeció, no quería que le rajasen el cuello. Se metió las manos en los bolsillos y sacó el poco dinero que tenía, dándoselo al otro ladrón. Este le miró con aire desconfiado.

— ¿Seguro que no eres chica?

— ¿Quieres comprobarlo imbécil? ¿Por qué no me la chupas un rato?

Pero antes de poder reaccionar, se escuchó el sonido de una cremallera y el tipo que le tenía sujeto le arrinconó contra la barandilla del barco, forzándole.

— A mí me da igual lo que seas, y será mejor que no grites. Tú, vigila que no venga nadie. —ordenó a su compañero.

Este no había terminado de girarse cuando recibió un increíble puñetazo de alguien que no había visto venir. A continuación, la persona que le había golpeado fue hacia al otro e igualmente le hizo girarse y se llevó tal puñetazo directo que casi cae por la borda.

Dayu se quedó pasmado, estaba aún sujeto a la barandilla mientras respiraba entrecortadamente.

— ¿Estás bien?

El gesto de Dayu cambió, ahora se mostró enfadado.

— Pues claro que estoy bien, ya lo tenía controlado, joder...

— Vaya, mil perdones. Pero yo creo chaval que sí la necesitabas, ese tipo iba a violarte.

Dayu chascó la lengua pero el hombre continuó.

— Me llamo Kunimatsu Saito —le tendió una mano que Dayu estrechó. Le reconoció. Era el mismo tipo que había observado antes discutiendo con una rubia.

— Dayu Matsumura.

— Deberías ser más agradecido Matsumura, y cuidar ese lenguaje.

— *Excuse moi* —se burló. —“Los ricos no tienen que preocuparse nunca de nada...”

Pero tras un “gracias” con la boca pequeña, Saito parecía satisfecho.

— No deberías andar solo por el barco, está claro que es peligroso. Eres muy joven ¿No viajas con nadie?

Dayu negó con la cabeza. Su pelo rojo y largo estaba hecho un lío y a pesar de llevar ropa de pobre y andrajosa, su aspecto era hermoso. Se quedaron un rato mirándose y Saito, carraspeando, dio media vuelta dispuesto a marcharse, pero se lo pensó mejor y se giró de nuevo hacia el muchacho.

— ¿Te gustaría venir a cenar mañana?

Ahora Dayu abrió mucho los ojos. Comer con la gente rica era todo un lujo que por nada del mundo se perdería.

— Sí claro, gracias.

Ahora Saito se marchó con una sonrisa.

Vaya, al fin un poco de buena suerte. Al día siguiente, Dayu se coló en primera para intentar dar las gracias debidamente a Saito. Se había comportado como siempre lo hacía, demasiado orgulloso, pero es verdad que si no llega a ser por él, ahora mismo no estaría tan contento o peor aún, podía estar muerto.

Le encontró enseguida, estaba solo y fumando un cigarrillo, apoyado en la barandilla de la cubierta.

— ¿Y tu mujer?

— No es mi mujer, aún. — Tiró la colilla al mar. — ¿Qué haces aquí?

— Anoche me salvaste y yo me comporté como un gilipollas, lo siento y... también quería darte las gracias. — le tendió la mano y Saito sonrió mientras se la estrechaba.

— No hay de qué chico. Y... no se te olvide presumir de ello en la cena — terminó diciendo mientras guiñaba un ojo, ya dispuesto a marcharse.

— Espera un momento. Tú prometida...

— Akemi.

— Lo que sea, verás sé que no me incumbe pero creo que no te conviene.

— Efectivamente, no te incumbe.

— Bueno lo sé pero... joder creo que si dos personas se casan es porque se tienen que querer.

— ¿Qué te hace suponer que no nos queremos?

Dayu le miró con desconfianza.

— ¿Me tomas el pelo?, lo que ella quiere es transformarte en alguien que no eres y aprovecharse de tu fortuna. Os oí discutir, fue inevitable.

— Mira chaval, no sé cómo funcionan las cosas en tu mundo, pero en el mío existen unas reglas, un protocolo que hay que cumplir.

— ¿Qué? ¡Despierta hombre! ¡Vive un poco joder! ¡Mírate! Mira nuestro aspecto, nuestro pelo, ningún hombre lo lleva así y eso demuestra que eres diferente, que somos diferentes. Mira toda esta gente, por el amor de dios, viven “aborregados”. Y francamente, no me creo que tú seas como ellos.

— No es tan sencillo Matsumura, tú parece gozar de una libertad que...

Se calló sin saber cómo continuar, pues en el fondo sabía que aquel chico tenía razón.

— ¿Nunca has hecho nada que siempre hayas querido hacer?

Saito negó con la cabeza.

— Pues haremos un trato, yo te enseño a vivir un poco y tú me enseñarás a dar esos increíbles puñetazos.

— Está bien chico, tú ganas, hay trato.

Por alguna razón Saito se sentía más animado, sabía que aquel chico tenía razón, pero también sabía, que las cosas no eran tan sencillas.

Aquella misma tarde, Dayu fue en busca de Saito para ir a la cena, pero no se encontró con él cuando se dirigió a su camarote, sino con su socio y mano derecha: Kenji, un tipo alto, guapo e imponente que estaba completamente calvo. Ambos se presentaron.

— No irás así a la cena ¿verdad?

— ¿Tengo aspecto de poder sacarme un traje del culo?

Kenji rió, aquel chico sin duda tenía sentido del humor.

— Ven, acompáñame.

Ambos se dirigieron a unos camarotes que estaban contiguos y Kenji abrió uno de los armarios. Comprobó todos los trajes, observó a Dayu de arriba abajo y luego siguió buscando.

— Vaya... ninguno es de tu talla.

— ¿Qué me dices de esto?

Dayu se había dirigido a otro armario y había sacado un precioso vestido negro con incrustaciones de piedras en rojo brillante. Se lo puso por encima e hizo como que se recogía el pelo hacia arriba.

— ¿Es una broma? ¿Un vestido?

— Es de mi talla. Mira Kenji, todo el mundo siempre me confunde con una chica. Y yo no sé tú, pero esta noche... pienso divertirme —terminó diciendo con malicia. El socio de Saito terminó encogiéndose de hombros, sin duda sería una situación muy extraña pero aquel chico parecía muy decidido.

— Pediré a una de nuestras sirvientas que te ayude. De verdad, no sabes lo que estás haciendo. Estás a punto de meterte en la cueva de las víboras.

Una hora más tarde, el aspecto de Dayu Matsumura era irreconocible. Parecía una distinguida señorita de la alta sociedad de aquella época. Lucía un vestido caro y precioso, llevaba el pelo recogido elegantemente con horquillas. Incluso llevaba guantes de encaje y un pequeño abanico que hacía juego con su vestido.

Nada más salir del camarote y con todo aquel hombre que se cruzaba, le saludaban mientras se tocaban el ala de sus sombreros. El socio de Saito iba con él y alucinaba, literalmente.

Tras atravesar algunos pasillos y escaleras, llegaron a la entrada del comedor. Había mucha gente y enseguida Dayu se dirigió a Saito en cuanto le observó.

— Disculpe caballero, ¿tendría la bondad de decirme la hora?

— Por supuesto señorita son las... —Saito no terminó la frase. Observó con más detenimiento a aquella pelirroja que escondía su sonrisa tras un abanico. Finalmente Dayu estalló en carcajadas. — No me lo puedo creer... ¿eres tú chico?

Dayu asintió con una risita, pero antes de poder decir nada más, se presentó Akemi con el resto de su familia.

— Ah, querida, mira este... digo ella es la Srta. Matsumura, la persona de la que te hablé.

Con una mirada fría como el hielo, Akemi, sin saludar, dijo:

— Vaya, veo que frecuenta usted la misma tienda de moda que yo.

Obviamente aquella noche, no había echado en falta su vestido. Dayu sonrió entrecerrando sus ojos verdes cristalinos y se arrancó por detrás alguna de las piedras brillantes de aquel vestido que ya se encargaría de “cuidar bien”.

Mientras Akemi se agarraba al brazo de su padre, Saito acompañó a Dayu, quien enseguida le asió también por el brazo para encaminarse al lujoso comedor.

— ¿Por qué coño te has puesto eso? —dijo entre dientes, sin dejar de sonreír.

— No había trajes de mi talla y no iba a venir hecho un “adefesio”. Pero no me negarás que no doy “el pego”, ¿verdad?

— Sin duda, podrías pasar por una joven y bella dama.

— Tomaré eso como un cumplido.

Aunque tarde, Saito se había dado cuenta de lo que había dicho, no obstante su pulso se aceleró considerablemente y tenía que recordarse a sí mismo que solo era un pobre chico de tercera.

Ambos compartieron mesa con Akemi y su familia, incluyendo también algunas personalidades distinguidas, como los Astor. Dayu observó todo lo que tenía delante de él y miró al socio de Saito, sentado a su derecha, con cara de desconcierto.

— Es fácil, empieza utilizando los cubiertos por los extremos. — le indicó en un susurro.

— “Los ricos son muy complicados”.

A la izquierda de Dayu se sentaba Saito y justo enfrente tenía a Akemi. La cual no paraba de mirarle como si le estuviese torturando o haciendo vudú. La comida era servida y se notaba que Dayu no tenía los mismos modales que el resto, comiendo sin ningún cuidado e incluso cogiendo comida con la mano. También, en lugar de la servilleta, se limpiaba las manos directamente en el vestido mientras dedicaba una falsa sonrisa a aquella rubia prepotente.

— ¿A qué se dedica Srta. Matsumura?

No la importaba lo más mínimo, pero Akemi inició aquella conversación por pura cortesía.

— Soy prostituta.

Saito se atragantó y tosió.

— Gané mi pasaje chupándosela a un imbécil al que robé.

Todos se llevaron la boca a las manos y murmuraron con caras de horror.

— Disculpen a la Srta. Matsumura... —comenzó a decir Saito mientras por debajo de la mesa le daba un buen pellizco como advertencia— Es una actriz muy buena, les está tomando el pelo. Ella viaja en tercera clase y ayer unos individuos quisieron hacerla daño, por suerte me encontraba cerca y...

— ¡Mi héroe! —gritó Dayu con voz infantil mientras descargaba sobre Saito un enorme y ruidoso beso en la mejilla. Akemi frunció aún más el ceño y apretó los labios hasta hacerlos invisibles. Saito se puso colorado e intentó apartarle.

— Compórtate... —susurró. Pero eso era impensable para Dayu Matsumura.

Todos continuaron hablando animadamente. Dayu comió como nunca lo había hecho y se lo estaba pasando francamente bien. El problema era cuando la prometida de Saito abría la boca.

— Saito querido... te he dicho muchas veces que no fumes en la mesa, luego al terminar puedes ir a la sala de fumadores y... —comenzó a recriminar en cuanto Saito se puso un cigarrillo en los labios.

— Dime, querida —comenzó Dayu poniendo especial énfasis en la última palabra— ¿tienes siempre esa cara de ir oliendo mierda o es que el corsé no te permite respirar? No sé si te has dado cuenta, pero lo que hay aquí no es un niño al que le tengan que dar la teta y enseñar modales, sino un hombre hecho y derecho que no necesita que una rubia le dé ordenes como si fuese su mamá. Sin ofender señora — terminó dirigiéndose a la madre de Akemi.

Todo el mundo se escandalizó por aquellos comentarios pero nadie dijo nada. Dayu Matsumura, aún con su particular lenguaje y forma de decir las cosas, decía verdades como puños. Akemi fue incapaz de soportarlo más, tiró la servilleta con furia contra la mesa y se levantó.

— Me voy a mi camarote, me duele terriblemente la cabeza.

Cuando ya casi todos terminaron y se fueron levantando de la mesa, Dayu se dirigió a Saito.

— Bueno, esto ya es un rollo, ¿te apetece ir a una fiesta de verdad?— preguntó guiñando un ojo.

— Cualquier cosa es mejor que aguantar los lamentos y quejas de esa mujer.

Dayu sonrió satisfecho.

En otras circunstancias, Saito habría ido a la sala de fumadores, donde iban los hombres a beber brandy y fumar puros Habanos. Una sesión aburrida hablando siempre de lo mismo y realmente era algo que ya no le apetecía nada

hacer. Aquella noche, descubrió sin lugar a dudas, como la gente se divertía de verdad.

Ambos bajaron hasta tercera clase y se dirigieron dónde estaba la verdadera fiesta que Dayu le había dicho, y efectivamente, no tenía nada que ver con lo que Saito o cualquier persona rica hubiese visto o disfrutado. Allí había hombres, mujeres e incluso niños, bailando, bebiendo y hablando casi a gritos debido a la fuerte música que algunos improvisaban para la ocasión. Dayu tomó un par de vasos con vino y ofreció uno a Saito.

Unos hombres echaban un pulso en una mesa y a Dayu se le ocurrió una idea.

— ¿Quieres probar?

— ¿Cómo? ¿Tú y yo?

— Pues claro. —respondió como indicando lo obvio.

Se sentaron en una mesa libre, uno frente al otro. Enseguida se congregó una multitud a su alrededor para apostar.

— No es por meterme pero ¿no está la cosa un poco en desventaja? Va a competir contra una señorita y... bueno la diferencia es notable —dijo un tipo mientras dejaba su dinero al lado de Saito, otros le imitaron.

— No os confiéis, no es ninguna señorita...

Dayu sonrió y entrecerró sus ojos. Apoyó el codo en la mesa con la mano abierta. Saito le imitó y estrecharon sus manos con fuerza. Otro tipo les puso la mano encima para iniciar la cuenta atrás y que ninguno hiciese fuerza antes de tiempo.

— 3... 2... 1... ¡ya!

Aquello no se lo esperaba nadie. Un tipo grande y fuerte a simple vista iniciando un pulso con lo que parecía una niña de clase alta. Pero lo que menos se imaginaban es que ambos iban igualados iniciados ya los primeros segundos de aquel peculiar combate. Se notaba la presión que ejercían y todos miraban a Saito con desconcierto. ¿Se estaba dejando? Dayu sonrió aún más.

— “Para ser un maldito crío, tiene una fuerza increíble, más de la que imaginaba...”

— ¿Qué ocurre? ¿No puedes contra una indefensa señorita de la alta sociedad?

— Ambos sabemos que no lo eres. — respondió Saito apretando los dientes. Era ya hora de ponerse más serio, no iba a permitir que aquel renacuajo le

ganase, por lo que dando el cien por cien. Saito ladeó finalmente el brazo de Dayu hasta que este tocó la mesa.

— ¡Ah! Qué bruto... pero te ha costado un huevo, no hay más que ver como sudas.

— Tsk.

Todos hicieron el reparto de sus ganancias mientras Saito se encendía un cigarrillo y bebía un poco.

— Está bien. En esto me ganas, pero estoy seguro de que ni tú, ni nadie de los que están aquí puede hacer esto.

Dicho esto, Dayu dio unos pasos atrás y solicitó que le dejaran espacio. Todos aguardaron expectantes mientras Dayu cerraba los ojos y respiraba hondo. Al abrirlos, comenzó a arquear su cuerpo hacia atrás y apoyar las manos a modo de “puente”. Pero no terminó ahí la cosa, sus manos “gatearon” hacia sus tobillos y los apresó, por lo que su cabeza asomaba por entre sus piernas.

— Madre mía, ¡es como de goma! —decía la gente.

Por su parte, Saito le contemplaba con la boca entreabierta, jamás había visto algo parecido.

Ahora Dayu de nuevo se incorporó y ejecutó el mismo movimiento encorvándose hacia adelante. Su cara pegaba prácticamente con su entrepierna y en un gesto obsceno sacó la lengua.

— Idiota... —murmuró Saito mientras daba otra calada. Sin embargo, tuvo que cruzar las piernas para que no se le notase su evidente erección.

Al finalizar aquel particular número, todos los presentes aplaudieron y Dayu dio las gracias, satisfecho por haberse lucido.

— Impresionante chico, lo admito. — le dijo Saito cuando se acercó.

— ¿A que sí? Y ahora... ¡a bailar!

Los dos se unieron a la gente que bailaba y pasó el tiempo velozmente, tanto, que cuando se quisieron dar cuenta ya estaba amaneciendo...

Al llegar a su camarote, Saito encontró a Akemi con los brazos cruzados y la cara desencajada de furia.

— Vaya, por fin te dignas a aparecer, ¿dónde estuviste anoche?

— Eso no te importa.

— Estuviste con esa fulana pelirroja, ¿verdad?

— Sí, y lo pasé muy bien para tu información. Cualquier cosa es mejor que estar aquí escuchando tus quejas.

Fue rápida, Akemi le propinó un bofetón en la cara, pero el hombre apenas se inmutó. La agarró el brazo cuando iba a por el segundo y lo apretó con fuerza, la sangre le hervía por dentro.

— Eres una niñata estúpida. Será mejor que vayas cancelando los planes de boda, porque hasta aquí hemos llegado. Lo siento, pero no vas a heredar ninguna fortuna, tendrás que engañar a otro.

— Pero... pero no puedes hacerme esto... ¿qué dirá la gente?

Saito sonrió.

— Francamente, me importa una mierda.

Dicho esto se marchó nuevamente. Se sentía muy a gusto, como si se hubiese librado de una enorme y pesada carga. Nunca había dicho algo parecido y menos a una dama, pero puso enseguida las prácticas que le decía Matsumura.

— “Ese chico tenía razón en todo, maldita sea”.

Por alguna razón, no podía quitárselo de la cabeza. Decidió ir a buscarle y lo encontró finalmente en la proa del barco, observando el mar apoyado en la barandilla. Ya no llevaba el vestido sino su ropa habitual y andrajosa de siempre. Su pelo rojo se agitaba con el viento y era una invitación a acariciarlo.

— La he dejado. — anunció Saito mientras se acercaba a él. Dayu no se dio la vuelta y no dijo nada, tan solo se subió a la barandilla mientras todo el océano Atlántico se extendía bajo sus pies.

— ¿Qué haces? Ten cuidado no te vayas a caer.

Se puso detrás de él y Dayu extendió los brazos y he hizo como que volaba.

— Soy un ángel. Estoy volando... volando...

Sintió como Saito le abrazaba por detrás y apretaba su erección contra él.

— Lo eres, eres un ángel. — susurró en su oído.

Extrañado, Dayu se giró un poco y se besaron como si no hubiese un mañana. Por desgracia y para muchos de los que estaban en ese barco, no lo habría.

Tras aquel intenso y pasional beso, ambos se dirigieron al camarote de Saito. Este estaba repleto de cuadros y láminas con dibujos. Dayu observó todo con interés y luego se dirigió a un pequeño rincón donde descubrió unas pinturas de mujeres que habían sido retratadas desnudas.

— ¿Esto lo has dibujado tú? —preguntó Dayu mientras lo mostraba.

— Sí, es mi pasión secreta. Si Akemi se hubiese enterado que pagaba a las prostitutas en Francia para que las retrase al natural la habría dado un infarto...

— ¿Te acostabas luego con ellas?

— Pues claro, no soy de piedra, chaval.

Dayu dejó los dibujos a un lado y se mordió el labio antes de hablar.

— Quiero que me dibujes. — se acercó a Saito hasta que le puso una mano en su fornido pecho— como a esas prostitutas, desnudo. El hombre tragó saliva.  
— Te pagaré —añadió.

— Está bien, pero no te cobraré nada, para mi será un placer aunque nunca he dibujado a un hombre desnudo.

— Lo harás bien —terminó diciendo Dayu mientras guiñaba un ojo y se daba media vuelta para ir al otro compartimento del camarote.

Saito acomodó un sofá en el centro y sacó un cuaderno así como los lapiceros. Al cabo de unos segundos, Dayu apareció frente a él completamente desnudo. De nuevo Saito tragó saliva. A pesar de ver claramente que se trataba de un hombre, Saito no se fijó tanto en “los atributos” de Dayu sino en su piel. Esta era perfecta, blanca que daban ganas de acariciar hasta que saliesen ampollas en las manos. Era hermoso, un ángel. El pelo rojo de Dayu caía grácilmente por su espalda desnuda y ambos lados de su bello e inmaculado rostro.

— Túmbate en la cama. — le indicó Saito.

— Querrás decir el sofá.

— Lo que sea.

Al acomodarse, Dayu adoptó una postura bastante sensual que hizo que Saito sintiese un chispazo en la nuca. Era como si lo hubiese hecho de toda la vida.

— Serías un buen modelo.

— Lo sé.

Haciendo un chasquido con la lengua ante aquel comentario arrogante, Saito comenzó con el dibujo. Pero aquel chispazo en la nuca derivó posteriormente en un sudor y una sensación que recorrió todo su enorme cuerpo.

— Relájate —aunque más bien se lo decía a sí mismo. Intentó concentrarse de nuevo en el dibujo.

— Es difícil, no puedo controlarlo, ¿sabes? —Dayu se refería a su erección que comenzaba a ser evidente. Saito resopló y se la dibujó como buenamente pudo pues aquella verga comenzó a crecer de una forma alarmante, demasiado para un chico tan joven.

Finalmente, Dayu no pudo evitarlo, se removió y comenzó a acariciarse allí mismo. Deslizó su mano por su torso desnudo mientras se mordía el labio a la vez que no quitaba la vista de encima del hombre que le estaba dibujando. Comenzó a masturbarse sin ningún pudor. Saito le iba a decir que se estuviese quieto pero no pudo articular palabra. Aquel chico comenzó a jadear él solo, su gesto invitaba al pecado.

Ya no podía seguir dibujándole, Saito le observaba a la vez que su verga crecía dentro de sus pantalones. Aquel chico estaba irresistible, era una belleza a la que quería poseer y ya le importaba muy poco si se trataba de un hombre.

— Saito... —le llamó entre jadeos y aquella ya fue la gota que colmó el vaso.

Tirando el cuaderno a un lado, Saito fue directo hacia él y casi hace volcar el sofá cuando se le echó prácticamente encima, apresó la muñeca del brazo con el que se estaba acariciando para que dejase de hacerlo y entonces, sin decir absolutamente nada, comenzó a lamérsela sin poder contenerse por más tiempo, con verdadero fervor. Un sonoro gemido salió de la garganta de Matsumura, quien apresó el largo cabello de su amante y lo enredó entre sus dedos.

— Ah... ah...

Retorciéndose del puro placer, Dayu se sonrojó y buscó ahora los labios de Saito para besarlos. Quería lamerlos, mordisquearlos, tomarlos en un vaivén de infinitas sensaciones. Le dio vergüenza reconocer que en verdad le deseaba, que no era uno de tantos. En un arrebato, Dayu le rasgó la camisa para descubrir el descomunal torso de aquel hombre. Saito le tomó entre sus brazos e hizo que se sentase encima de él, a horcajadas.

Las manos de Dayu acariciaron los pectorales de su amante y tiró levemente de sus pezones, arrancándole también un sonoro gemido.

— Seguro... que ningún hombre te ha hecho esto...

— Es que... ah... nunca he estado con ningún hombre...

Se besaron de nuevo y aunque fuera debía hacer un frío terrible, esa habitación estaba ya al rojo vivo. Dayu ya no pudo aguantar por más tiempo.

— Acaríciame y fóllame hasta el amanecer... —susurró en su oído a la vez que gemía, palpando a la vez aquel miembro duro y firme.

— Chico, será un verdadero placer.

Fue la invitación a la locura, a la sensación placentera de estar haciendo “algo prohibido”. La primera penetración fue algo dura y Dayu apretó las manos contra los musculosos brazos de Saito, casi gritando sin poder contenerse. Las posteriores fueron algo más suaves, hasta que aquel hombre comenzó a mover las caderas e impulsarle hacia el Paraíso como si volase en el interior de un huracán. Con increíble fuerza, Saito se puso en pie sin dejar de embestirle. Con los ojos casi en blanco y salivando por la comisura de sus labios, Dayu se dejó llevar hacia el objetivo inevitable, pero justo antes Saito cambió de posición y le obligó a ponerse de rodillas en el sofá para embestirle de espaldas.

Ya sin poder contenerse por más tiempo, ambos se corrieron en un torbellino de placer, incluso parecía como si hubiesen provocado un terremoto, pues todo tembló de repente. Pero eso no lo habían provocado ellos y no fue su imaginación, como hubiesen pensado en un principio.

— ¿Qué... qué ha sido eso? —Preguntó Dayu entre jadeos— Tú también lo has notado ¿no? ¿Cómo un temblor?

Saito asintió, pero no pareció darle importancia, había tenido un increíble orgasmo. Besó a Dayu en los labios, aún le estaba penetrando. Se llevaron un buen susto cuando la puerta se abrió de golpe.

— Sa... Saito...

Era Akemi y no podía haber presenciado peor cuadro en toda su vida. La madre que iba junto a ella se desplomó en el suelo a causa del impacto de ver semejante escena. Dos hombres, desnudos, haciéndolo. Akemi se llevó las manos a la boca, horrorizada y asqueada al mismo tiempo.

Tanto Saito como Dayu no parecían inmutarse, el primero se retiró lentamente, lo que causó que el blanco néctar fuese visible. Dayu lo recogió y lo lamió.

— Delicioso... lástima que tú ni siquiera hayas llegado a probarlo.

Enfurecida, Akemi fue hacia Matsumura para darle un bofetón, pero Saito la agarró del brazo.

— ¡Suéltame! ¡Socorro! ¡Socorro!

Los gritos de Akemi sirvieron para el propósito de esta, que el personal del barco acudiese en su ayuda, y efectivamente así fue.

— ¿Qué ocurre aquí?

Había dado precisamente con un policía del barco.

— Señor, está loco, ha atacado a mi madre— dijo señalando a Dayu— y mire como está, desnudo... y también ha intentado violar a mi futuro marido— Saito frunció el ceño— está loco, ¡tiene que arrestarle!

— ¡¿Qué?!

No tuvo tiempo de replicar, el agente ya le estaba poniendo las esposas a Dayu, y Saito intentaba convencerle sin conseguirlo.

— Oiga, en el barco está pasando algo, déjele libre, le daré una buena suma de dinero.

— No se trata de dinero, lo siento, pero me lo voy a llevar para interrogarle. — tiró de él.

— Búscame... —dijo Dayu forcejeando a la vez que le daba un beso. Saito se quedó desencajado, sin poder reaccionar.

— Esto no quedará así, Akemi. — amenazó Saito mientras se disponía a vestirse y salir en busca de Matsumura.

Mientras tanto, empleados del barco iban por todas las habitaciones insistiendo en que la gente se pusiese ropa de abrigo y los chalecos salvavidas.

— ¿Qué es esto? ¿Una especie de simulacro?

Dando un chasquido con la lengua y dejando allí a Akemi con su madre, Saito salió al pasillo sin responder a su pregunta. Estaba claro que algo raro ocurría. Saito recordó el temblor que habían sentido.

— Hemos tenido que chocar con algo, debo darme prisa.

Fue por varios pasillos hasta que finalmente se dio de bruces con el arquitecto del barco que parecía nervioso, llevando unos mapas bajo el brazo.

— Ah, Sr. Andrews, ¿puede ayudarme? ¿Dónde llevan a los prisioneros la policía del barco?

— ¿Qué? Sr. Saito tiene que ir a un bote salvavidas, el barco se está hundiendo...

— Entonces con más motivo, dígame por favor, ¿dónde debo ir?

Tras unos intensos segundos, el Sr. Andrews habló.

— Está bien, debe tomar el ascensor hasta el piso de abajo. Girar a la izquierda y luego a la derecha, por el pasillo de la tripulación, todo recto y luego

a la derecha y después a la izquierda, llegará a una escalera, luego derecha, izquierda, izquierda, derecha y....

— Déjelo, le encontraré derribando todas las malditas puertas si es necesario. Gracias.

Ahora Saito fue corriendo hasta el ascensor, pero un empleado, sujetando las puertas le impidió el paso.

— Señor, no se puede pasar, el ascensor está fuera de servicio y...

Como si fuese un toro, Saito empujó el empleado hasta adentro, estaba hasta las narices de que le pusiesen pegas para todo.

— Lléveme abajo, o juro que le arrancaré los brazos... créame, puedo hacerlo.

El empleado tiró de la palanca como si su vida dependiese de ello, pensó que aquel tipo era peligroso.

Al llegar abajo, Saito pudo comprobar que todo estaba inundado, el agua helada llegaba casi a la altura de las rodillas. El empleado subió de nuevo arriba en cuanto Saito se bajó del ascensor. Comenzó a dirigirse por donde le había indicado el Sr. Andrews hasta que comenzó a gritar.

— ¡Matsumura! ¿Dónde estás?

Aquel rugido podía oírse en un radio de un kilómetro. Dayu, que estaba encadenado a una tubería contestó de inmediato, haciendo a la vez ruido para que le oyese. Finalmente vio con satisfacción como la puerta se abría con un golpe de hombro. Saito le había encontrado.

— ¿Y el policía?

— Se asustó y se marchó en cuanto esto comenzaba a inundarse, joder menos mal que has venido, tienes que sacarme de aquí.

Saito tiró suavemente de su pelo y le besó en los labios, luego observó la situación.

— ¿Qué ha hecho con la llave?

— Ese imbécil se la llevó. Habrá que buscar otra manera o pedir ayuda...

— ¿Pedir ayuda? Chico, por favor...

Saito se fijó bien en la tubería mientras Dayu le observaba con estupor. A continuación y sin decir nada, Saito se colocó junto a la tubería donde había

una conexión, como dos piezas que estaban unidas. Dio unos golpecitos a la misma y luego se echó un poco hacia atrás.

— Date la vuelta —ordenó. Dayu se puso al otro lado y cerró los ojos, pues sabía lo que estaba dispuesto a hacer.

Saito propinó una fuerte patada a la tubería, la cual se desencajó. Luego se ayudó de sus fuertes brazos para terminar de separarla del resto. De este modo, Dayu pudo salir a pesar de que seguía esposado.

— Qué bestia eres...

Saito se encogió de hombros.

— Salgamos de aquí, luego buscaré la forma de quitarte las esposas.

— ¡Ah! ¡El agua está jodidamente fría! ¡Hostia! ¡Joder!

Ambos salieron de allí y les costó Dios y ayuda salir hasta donde estaban los botes salvavidas, los cuales llenaban para poner a la gente a salvo. Pudieron comprobar que toda la parte de la proa del barco se estaba hundiendo por completo. Saito agarró a Dayu del brazo y fueron hacia el otro lado.

— Es mejor quedarse, ven.

Continuaron ascendiendo hasta llegar a la popa, donde se vieron por primera vez. Tuvieron que sujetarse a la barandilla pues el barco estaba casi en posición vertical. Tras partirse el barco en dos y descender, volvieron a ascender como si estuviesen en una atracción de feria. Ahora el barco sí estaba completamente en vertical y ambos estaban al otro lado de la barandilla para permanecer ahí el mayor tiempo posible. Saito hizo que Dayu pusiese los brazos alrededor de su cuello, aún estaba esposado.

— No te sueltes, pase lo que pase.

Dayu asintió y observó cómo lentamente, el océano comenzaba a engullir aquel transatlántico de lujo.

Cuando ya faltaba muy poco, Dayu cerró los ojos y tomó todo el aire que pudo. Pero sucedió algo extraño, en lugar de sentir el agua fría, notó que algo tiraba de él hacia arriba. Oyó un aleteo y un viento que le azotaba en el rostro, abrió los ojos. Estaba... ¡estaba volando! Muy asombrado, observó que el barco terminaba de hundirse y luego dirigió su mirada hacia arriba. Unas enormes alas doradas se batían justo encima de él. Saito le tenía sujeto en brazos.

— Joder... ¡eres un ángel!

— Arcángel, para ser más exactos. Siento no habértelo dicho, pero la humanidad aún no está preparada para asumirlo y tenía que sacarte de ahí sin que nos vieses.

— Vaya...

Pararon un momento en el aire, Dayu seguía abrazado al cuello de su salvador mientras este batía sus inmensas alas. Saito le susurró en su oído.

— Tú también eres un ángel... solo que aún no has nacido.

Se besaron bajo aquella noche fría y oscura, sin luna. Bajo aquel manto de dolor y muerte que aquella catástrofe había dejado tras de sí...

Fin.